



Sin título (fragmento) | Hernando Rivera

## El oso y el madroño

Ramón Macías Mora  
*CIESAS Occidente*

• Ah! Madrid. Cuantas veces antes. Ahora, buscaba afanosa, al prestigioso joyero, Justo Canales, en su famoso local de Serrano.

Por esas cosas del destino, me enganché en una aventura romántica con el poderoso magnate Rodolfo Landeros, especialista en importaciones, transoceánicas y ultramarinos.

Me apetecía tomar un vermut Sinzano, ya que había caminado bajo el sofocante sol del verano y mis cansadas piernas ya no daban para más.

Me introduje en el exclusivo bar del hotel Petit Palace Savoy Alfonso XII.

Numen, pronuncié entre dientes, el camarero dijo —¿Dios?, y me miró con curiosidad, sois muy bella— agregó, permitidme mostraros mis respetos y declaradme vuestro fiel admirador.

—Cretino— dije para mis adentros, qué atrevimiento.

Con la tez sonrojada e intentando mostrar indiferencia, agradecí el halago y ordené

—Un Sinzano en las rocas.

—De inmediato señora —repuso el camarero quien supuse, se trataba de un trepador acostumbrado a cazar a sus víctimas, desde su posición de modesto empleado del bar, de ese hotel cosmopolita.

—Si os apetece, pasear por Madrid, os ofrezco serviros de guía— dijo el insolente empleado, a la vez que servía el aperitivo ordenado.



Por mi parte, fingí no escuchar la propuesta, aunque había algo en aquel joven que me inspiraba confianza y ante todo curiosidad, tal vez su aplomo, su seguridad, su apostura.

Di un sorbo a la bebida y sentí de inmediato un bochorno y ligero mareo.

—Estáis bien— se adelantó el majo, al notar mi nerviosismo.

—Descuida— respondí, tráeme la cuenta que me marchó.

Llegué al piso de la calle don Ramón de la Cruz en el exclusivo barrio de Salamanca y no pude apartar de mi mente, la arrogancia del bellaco que sin haberle visto antes, consiguió lo que consideré siempre difícil, inquietarme.

Tenía planeado al día siguiente, viajar al Valle de los caídos y mear en la tumba de Franco, pero decidí alterar mi itinerario y posponer la visita.

Como la estación del metro se encuentra a escasas dos calles caminando, me introduje en Becerra para abordar la línea 2 con rumbo a Atocha y de ahí partir en el tren a Toledo. El precio del billete es muy económico, lo que provoca grandes aglomeraciones en la taquilla y mucha confusión en el abordaje.

A todas horas la gente va y viene, los turistas, suben en autocares que ofertan visitas guiadas y las plazas se atiborran, más por esas fechas, en que se rendía homenaje al Greco Doménikus Theokopoulos en su aniversario.

Por todas partes, los moscones, es el inconveniente de salir sola en España, todo el mundo te ve y de inmediato quieren ligarte.

Al principio es divertido, pero conforme pasa el tiempo, se convierte en un asedio nada recomendable.

Nunca como ahora me sentía tan libre, tan plena, recordaba los días de Estambul, en donde los turcos asedian de verdad, intuendo que una dama sola, puede ceder fácilmente a sus caprichos.

A la mañana del día siguiente, después de tomar el almuerzo en una bollería de nombre Buen Ran de la calle de Alcalá, en donde se sirven los huevos de monja más exquisitos de todo Madrid y el consabido cafelito, pedí al conductor de un vehículo de alquiler, me llevara a la joyería de la calle Serrano.

No sé qué tienen los madrileños que por todo pelean, gritan y vociferan, aunque todo queda en eso, gritos e insultos. El chofer se

disculpó y siguió su ruta ante la mirada atónita de su cliente, o sea mi mirada.

Por un instante, creí que jamás llegaría a mi destino y tendría que caminar como el día anterior.

Quiso mi curiosidad que pidiera al chofer del taxi, parar en el Alfonso XII. Después de pagar seis euros, bajé dirigiéndome al bar de manera decidida, con la esperanza de volver a ver al chico que tanto me hizo sonrojar.

Para mi sorpresa y decepción Atanasio no se hallaba en servicio, era su día de descanso, pensé, mejor así, aunque recapacité y pedí a la empleada de turno entregara mis datos al mesero. ¡Qué bajo había caído!

Pedí a Paco el conserje del edificio, que nadie me molestara si acaso alguien llegara a preguntar por mí, como así sucedió, entonces sonó el timbre del teléfono y desconcertada, escuche a través de la bocina la voz de Atanasio, abre- dijo, que estoy abajo en la caseta de la esquina.

Por un momento dudé, aunque fue más el deseo de hablar con alguien, y compartir el momento, lo que me hizo ceder a mis impulsos, total; yo misma había provocado la situación.

—Entra —Invité a Atanasio, creí que no vendrías.

—Y por qué pensáis eso, si era lo que más deseabais ¿o no?  
—Repuso altanero.

—Sírvete y sírveme algo del bar —ordené.

—¿Qué te apetece? —dijo el mandrín.

—Hay whisky y en la nevera encontrarás hielo, a mí, sírvemelo así, sin soda —repuse.

No me permitió Atanasio beber el primer sorbo, cuando ya me había tomado entre sus fuertes brazos robándome el beso más apasionado que antes alguien me haya brindado.

Tomé de la mano a Ata y lo llevé hasta la recámara, prolongamos el encuentro durante toda la noche y parte de la madrugada, hacía mucho tiempo que nadie me daba tanto placer como aquella noche Atanasio, el humilde camarero del bar del hotel Alfonso XII, ahora; buscaría como deshacerme de aquella aventura, antes de que llegara Rodo y se percatara de mi desliz.



De más está decir que Rodo nunca llegó, me enteré por las noticias que había sido detenido por la Interpol, acusado de traficar con heroína desde Pakistán en donde le fue decomisado un valioso cargamento.

**Recepción:** octubre 3 de 2022

**Aceptación:** noviembre 22 de 2022

**Ramón Macías Mora**

ramamo@hotmail.com

Nacionalidad: mexicana. Premio Iberoamericano Cortes de Cadiz 2012. Nació en la ciudad de Guadalajara, Jalisco en 1955. Estudió arquitectura en la Universidad de Guadalajara 1975/1980. Máster en Historia de América Mundos Indígenas, Universidad Pablo Olavide de Sevilla, España. Candidato a doctor en historia cultural en CIESAS Occidente. Ha dirigido su interés hacia el campo de la creación literaria, destacándose como un prolífico investigador de temas referentes a la cultura y las tradiciones.